

LOS ESCRITOS JOÁNICOS Y EL CRISTO DE SAN DAMIÁN: SUPREMA GLORIA DEL AMOR

FRANCISCO CONTRERAS

INTRODUCCIÓN

Afirma el evangelio de San Juan, en un verso densísimo, que la Palabra de Dios se ha hecho carne (Jn 1,14). Verdaderamente podemos también confesar que el Verbo de Dios se ha hecho imagen visible y armonía de color. A nosotros se nos ha dado poder contemplar la gloria de Dios presente en el icono, donde aparece la plenitud del misterio pascual de Cristo. Asimismo se nos permite contemplar, íntimamente unido a su Señor, el misterio de la Iglesia¹. En ninguna otra parte del mundo se ha podido ver otra imagen o cuadro religioso sobre Jesús, que albergue tan rica concentración cristológica como la que nos ofrece el icono de San Damián: Jesús muerto, sepultado, resucitado, donante del Espíritu Santo y ascendiendo al cielo².

Contemplamos también a Cristo unido con la Iglesia. No es la imagen de quien pende solitario en la cruz, sino acompañado por muchos testigos de la fe. Cristo, cuyo cuerpo místico se prolonga vigorosamente en los cristianos: Es el auténtico Señor de la fraternidad.

Dice el prólogo del evangelio de San Juan, acentuando el testimonio del «nosotros», de toda la Iglesia que mira al Señor en la fe: «He-

1. Para un estudio del Cristo de San Damián con particular detenimiento en cada uno de sus miembros gloriosos, y de los personajes que lo circundan, puede leerse F. CONTRERAS, *El Cristo de San Damián*, Madrid 2004 y un más extenso libro de próxima publicación: *El Cristo de San Damián y San Francisco de Asís*.

2. «El pintor no ha querido representar aquí el instante único de la muerte de Jesús. Este cuerpo no es un cadáver ensangrentado; es el cuerpo de un viviente, es incluso el cuerpo del Viviente. El pintor ha querido en una sola figura representar la totalidad de la historia de la Cruz». Así ha descrito con acierto D. GAGNAN, «Le Christ de Saint-Damien, son sens spirituel», *Analecta Ordinis Fratrum Minorum Capucinatorum* 97 (1981) 389. Nuestro autor ha sabido sintetizar la perspectiva cabal del icono. Este texto fue escrito en julio de 1979, dos meses antes de morir, casi como un testamento. Ha dedicado muchas páginas, más de mil, a escribir sobre San Francisco y también sobre el icono. Cfr. C. BÉRUBÉ, «L'Icone de saint François selon Dominique Gagnan (1940-1980)», *Collectanea Franciscana* 51 (1981) 45-64.

mos visto su gloria, gloria propia del hijo único del Padre, pleno –*pleres*– de gracia y de verdad» (Jn 1,14). Cristo se encuentra pleno de un amor que se ha mantenido fiel –la verdad joánica, que es la fidelidad o lealtad– hasta el final. Y añade: «De esa plenitud –*pleroma*– nosotros hemos recibido gracia tras gracia» (Jn 1,16): desde la plenitud de Jesús se nos concede un torrente de gracias, una ininterrumpida catarata de amor.

Nos fijamos en las palabras del evangelio: Jesús se halla pletórico de la gracia del amor. Para acoger de él esta cascada de amor, hay que empezar por contemplarlo. Contemplar es la puerta necesaria que nos abre a la abundancia de su gracia. San Juan afirma que un día «seremos semejantes a él porque lo veremos tal como él es» (1 Jn 3,2). Tenemos que acostumbrarnos a contemplar, pues contemplar significa llegar a ser, convertirnos en quien ahora miramos. Queremos cumplir las palabras del salmista: *Contempladlo y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará... Gustad y ved qué bueno es el Señor: dichoso el que se acoge a él* (Sal 34, 6.9).

Este icono ha logrado expresar plásticamente el misterio de la pasión de Jesús, la «Hora», según lo describe el cuarto evangelio y la visión del Apocalipsis. Es un «*semeion*», una llamada a despertar la fe en Jesús, el Hijo de Dios, que habita en la Iglesia.

Nuestro anhelo se encuentra en íntima conexión con la actualidad que vive la Iglesia. Qué oportunas resultan las palabras del papa Juan Pablo II en su carta apostólica «*Novo millennio ineunte*». La Iglesia necesita contemplar el rostro de Cristo para ser santa, realizar su misión de remar mar adentro y echar la redes.

Ya no hay tiempo para echarse atrás. La misión que nos aguarda es urgente e ingente. Pero es preciso que la misión que desempeña la Iglesia esté fundada en la contemplación del rostro de Cristo: que él sea el verdadero guía y la luz potente en medio de la oscuridad de nuestro mundo. La Iglesia necesita contemplar el rostro de Cristo y mostrárselo al mundo: *Después de dos mil años de estos acontecimientos, la Iglesia los vive como si hubieran sucedido hoy. En el rostro de Cristo ella, su Esposa, contempla su tesoro y su alegría. ¡Cuán dulce es el recuerdo de Jesús, fuente de verdadera alegría del corazón! La Iglesia, animada por esta experiencia, retoma hoy su camino para anunciar a Cristo al mundo, al inicio del tercer milenio: Él «es el mismo ayer, hoy y siempre»* (Hb 13,8) (TMI, 28).

En comunión con la Iglesia tenemos que contemplar el icono de San Damián. No es un Cristo impasible; sufre pasión por la Iglesia, por todos nosotros. No es frío; vive y vibra de amor, está derramando su sangre caliente por nosotros. No es un gélido bloque de mármol;

siente calor humano y divino por la Iglesia. No es un fantasma; tiene un cuerpo glorioso. No es sólo una espléndida obra de arte para admirar sus proporciones y armonía: no es algo, un cuadro, un ícono...



Cristo de San Damían

Dentro de la fe de la Iglesia descubrimos que es Alguien, el Viviente, el Hijo de Dios que me amó hasta entregarse por mí. Que nos ama tanto (en el presente) y que no puede dejar de amarnos (futuro), que ha derramado su sangre por nosotros, nos ha purificado de nuestras miserias y pecados, y hace de nosotros seres a su imagen, llenos de belleza y dignos de ser amados, un pueblo libre, una dinastía de reyes y sacerdotes, para transformar este mundo y esta humanidad, y acercar a todos los hombres a la casa del Padre (cfr. Ap 1,5).

1. APROXIMACIÓN AL CRUCIFIJO

L. Bracaloni fue el autor pionero en estudiar, de forma documentada –no pía–, la trayectoria de este Crucifijo. Al cabo de los años está permitido afirmar que sus palabras iniciales, que constatan la ausencia de investigaciones serias, representan afortunadamente un balance ya superado: «Este venerado Crucifijo, del que Francisco recibió su clara vocación para restaurar el espíritu cristiano en la Iglesia, no ha sido nunca objeto de un particular estudio franciscano»³.

Llama poderosamente la atención que hasta esa fecha no se hubiera realizado una labor de profunda indagación. Incluso después de Bracaloni, hasta muy recientemente –mediando un excesivo tiempo de espera, un lapso de 50 años (¡)– no se han acometido trabajos de envergadura⁴.

¿Qué es una cruz sin Cristo? ¿Dos palos de madera torpemente cruzados? El icono de San Damián no es una desnuda cruz, sino un Crucifijo en donde Cristo se encuentra de «cuerpo presente».

Está permitido hacer esta afirmación, no como metáfora de un sentimiento subjetivo, sino desde una verificada constatación que tiene en cuenta las medidas, pues éstas «hablan» y lo certifican. El icono posee unas dimensiones muy notables. Aparece inmenso y triunfal. Hasta en sus desmedidas medidas: posee 2,10 m. de altura y 1,30 m. de anchura.

Nuestra mirada se dirige espontáneamente hacia Cristo. Nos atrae y encandila. Su persona ocupa el puesto central; «llena» toda la escena. Se encuentra en primer plano. Como una «exposición sacramental». Sus dimensiones físicas lo realzan. Sus rasgos extraordinarios

3. «Il prodigioso Crocifisso che parlò a S. Francesco», *Studi Francescani* 11/36 (1939) 185.

4. A partir de los años 80 comienzan los trabajos de investigación. Éstos son los trabajos que tratan sobre el Cristo de San Damián –artículos y libros, respectivamente citados–, y que han servido para este estudio: D. GAGNAN, «Le Christ de Saint-Damien, son sens spirituel», *Analecta Ordinis Fratrum Minorum Capucinatorum* 97 (1981) 374-388; O. VAN ASSELDONK, «El Crucifijo de San Damián visto y vivido por San Francisco», *Sel Fran* 46 (1987) 17-41; L. HARDICK, «El Crucifijo de la vocación franciscana», *Sel Fran* 46 (1987) 43-44; R. MORICEAU, «El Cristo de San Damián. Descripción del icono», *Sel Fran* 46 (1987) 45-51; M. MANDELLI, «El Crucifijo gozoso», *Sel Fran* 51 (1988) 425-428; J. DE SCHAMPHELEER, «El Crucifijo de San Damián y Francisco de Asís», *Sel Fran* 51 (1988) 384-423. Éstos son los libros monográficos: L. BRACALONI, *Il Crocifisso che parlò a S. Francesco nella Basilica di S. Chiara*, Assisi 1958; AA.VV. *La croce di san Damiano*, Fonteviva Editrice 1988; M. PICARD, *L'icona del Cristo di san Damiano*, Assisi 1989; M. BOYER, *Le Crucifix de Saint-Damien et sa description*, s.l., ms., 1980; M. BOYER, *François d'Assise à Saint-Damien. Une expérience de Jésus Crucifié*, Montréal 1992; P. FERRAIO, *Davanti a te nel segno della Croce: Cammino di preghiera e di conversione davanti al Crocifisso di San Damiano con san Francesco e Santa Chiara*, Milano ²2001.

(a saber, no encontrados en otros Crucifijos «ordinarios o normales») lo encumbran. En la cruz Cristo aparece vivo. Mira con los ojos abiertos. Su sangre brota sin cesar. Tiene los brazos extendidos y se mantiene de pie.

Esta imagen representa la plenitud de Cristo, la acabada realización de su misterio pascual: Cristo crucificado, muerto, resucitado, viviente, donante del Espíritu Santo: «No existe otro Crucifijo teológicamente tan rico. Expone ante nosotros toda la obra de la salvación»⁵.

2. «CRISTUS SEMPER CUM ECCLESIA»

Es ésta otra faceta, tan original como fecunda, que debe ser destacada. Cristo está unido siempre con la Iglesia. Es inseparable de ella.

Normalmente hemos visto a Jesús en tantos «Crucifijos», pendiente de la cruz, abandonado por todos, hasta de sus discípulos, sumido en la más penosa soledad. El Cristo del icono de San Damián no está solo ni es solitario; está acompañado por el Padre que le espera, por los ángeles que le aclaman, por María y las santas mujeres, por los testigos, San Juan, el centurión... Una ingente muchedumbre se une en congregación creyente a Cristo.

Otra nota singular que deber ser resaltada es que todos estos personajes se encuentran siempre en relación con Cristo. No son autónomos. Su existencia se mide por su distancia cercana o lejana de la órbita irradiante de Jesús.

Esta aportación del icono resulta fundamental y decisiva, hasta llegar a convertirse en confesión de fe: «Este es nuestro Cristo y Señor, el que vive en medio de la Iglesia: el Cristo de la fraternidad».

Tal fue la revelación que recibió Francisco. El Crucifijo le habló: «Repara mi casa». Así pues, la Iglesia es la casa de Jesús, en donde Jesús actualmente está y vive en los cristianos.

3. JESÚS EN LA CRUZ O LA PERFECCIÓN DEL AMOR

Jesús, tal como se nos muestra en la cruz del icono, ejerce sobre todos los creyentes un especial magnetismo. Su imagen no resulta repugnante ni repulsiva. En absoluto puede aplicársele lo que afirma Isaías del siervo de Yahvé: «varón de dolores ante quien se vuelve el rostro» (Is 53,3). Al contrario, nuestros ojos se dirigen con compla-

5. L. HARDICK, «El Crucifijo de la vocación franciscana», *Sel Fran* 46 (1987) 44.

cencia hacia quien posee irresistible poder de fascinación. Prendados estamos ante su grata presencia.

Podemos concentrar nuestra visión en el acontecimiento más hondo y definitivo, que ha sido el origen de la pasión. ¿Cuál es la última palabra de Jesús en la cruz, según el evangelio de San Juan? Un verbo es «su grito final de triunfo»⁶. Así dice el último verbo del Verbo: *tetelestai*, «se ha cumplido» o «se ha consumado»: *Cuando Jesús tomó el vinagre, dijo: se ha cumplido* (Jn 19,30).

¿Qué se ha cumplido o consumado? Algunos autores piensan que Jesús ha cumplido la voluntad del Padre, que ha sido fiel al designio de Dios... Mas lo que en verdad se ha cumplido es el amor de Jesús. No hacemos sino interpretar el pasaje de San Juan desde el rigor de su coherencia lingüística. El mismo evangelio nos da la llave de comprensión.

El verbo griego *tetelestai* queda engarzado con el sustantivo *telos*, puesto que posee la misma raíz semántica. Es preciso relacionar este verbo «*se ha cumplido*» –*tetelestai*– (Jn 19,30) con la expresión «habiendo amado a los suyos, los amó “*hasta el extremo*” –*eis telos*–» (Jn 13,1). El evangelista realiza una estupenda inclusión semítica, al englobar todo el relato de la pasión en el amor de Jesús.

San Juan muestra el amor como la clave determinante de la misión de Jesús: el misterio íntegro de su vida, muerte, resurrección⁷. De continuo y sin desfallecer Cristo ha amado a los suyos (pasado), los ama (presente) y los seguirá amando por siempre (futuro). Su amor domina el tiempo, es más fuerte que él, se enseñorea de su caducidad. Veamos con detención la enorme virtualidad de la Palabra de Dios en el cuarto evangelio, para obtener evidencias de tan densa afirmación cristológica. Recordamos el pasaje de Juan 13,1: *Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*⁸.

6. Así califica esta postrera palabra de Jesús en la cruz, F.J. MOLONEY, *The Gospel of John*, Minnesota 1998, 508.

7. Tal como ha quedado definitivamente resaltado en un erudito trabajo, que analiza los capítulos 13 al 17 del evangelio, desde la configuración del amor. Esta clave otorga unidad temática no sólo a dichos capítulos sino a la vida entera de Jesús. Cfr. Y. SIMOENS, *La gloire d'aimer. Structures stylistiques et interpretatives dans le Discours de la Cène (Jn 13-17)*, Roma 1981.

8. «Este versículo de treinta y cuatro palabras no es solamente una introducción teológica, sino también un prefacio solemne a toda la última parte del evangelio... Objetivamente, la muerte y la resurrección de Jesús son una manifestación de su gloria y de su divinidad (Jn 13,31-32); pero subjetivamente todo cuanto Jesús hace y dice durante estas últimas horas de su paso por la tierra está inspirado por su caridad. Es, pues, el *agape* lo que nos proporciona la clave de exégesis de los cc. 13-17 del cuarto evangelio». C. SPICQ, *Agape en el Nuevo Testamento. Análisis de textos*, Madrid 1977, 1043.

a) *Jesús ha amado en el pasado*

Refiere el texto: «*Habiendo amado* a los suyos». El verbo se conjuga en griego mediante un participio de aoristo «*agapesas*», y abarca la vida entera de Jesús bajo este prisma. El amor de Jesús se ha desplegado visiblemente durante su presencia por la tierra, que incluye por igual la revelación de su palabra y la fuerza de sus signos.

b) *Cristo ama en el presente*

«Los amó». Lo que pretende subrayar la afirmación de San Juan es la decisiva prueba de amor que Jesús va a dar a los suyos entregando su vida por ellos. El indicativo aoristo –*egapesen*– «los amó» mira a un acto «definido», alude a una donación concreta: su muerte por amor, que se patentiza en el signo del lavatorio de los pies.

Jesús se excede con creces a cuantas pruebas de amor ha entregado a los suyos durante toda su vida. Ahora realiza el gesto supremo. Muestra a sus discípulos toda su caridad «y se sobrepasa de alguna manera en los testimonios que les dio de este sentimiento»⁹.

Para describir la infinita generosidad del amor de Jesús por sus discípulos, el evangelio emplea una misteriosa locución «hasta el extremo» –*eis telos*–. Sólo aquí se encuentra registrada; es vocablo único o *hapax* en toda la Biblia. Posee dos significados: de extensión temporal («hasta el fin») y de intensidad («hasta el extremo»). Conserva evidentemente su sentido temporal: «hasta el fin de su vida»; pero puesto que este «fin» es el de un mártir voluntario, mantiene también su acepción de «completamente», «totalmente» (cfr. Dt 31,24; Jos 3,16). Ello significa que el amor de Cristo debe entenderse «en el más alto grado, en el culmen, de la manera más acabada». Es señal de buena exégesis otorgar a «*eis telos*» un sentido de plenitud¹⁰.

La interpretación de la primitiva Iglesia, ya desde san Agustín, coloca con razón el acento sobre la perfección del amor de Cristo o,

9. Puede recordarse el gesto de Penélope, resuelto en clave de amor nupcial. Tras tantos avatares y dilatado tiempo de ausencia, puede al fin la fiel esposa dar rienda libre a sus sentimientos de amor, albergados dentro de su impaciente corazón y a duras penas reprimidos: «Perdona hoy y no tengas amargura, puesto que tan pronto como te he visto no te he manifestado mi amor, como ahora que te tengo entre mis brazos» (Odisea 23,214).

10. Esta revelación del evangelio de San Juan sobre el amor encuentra su paralelo en Jn 3,19: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único». Ambas expresiones conforman los pilares de todo el evangelio. En un caso, Dios ama al mundo hasta el punto de donar a su Hijo; en el otro, el Hijo ama a sus discípulos hasta el punto de dar por ellos su vida. Cfr. C. SPICQ, *Agape en el Nuevo Testamento. Análisis de textos*, cit., 1050.

mejor aún, sobre su manifestación más genuina: *No veo que puedan entenderse estas palabras del Evangelio de un modo puramente humano, como si Cristo hubiese querido decir que Él amaba a los suyos hasta el momento de la muerte... ya que no solamente nos ha amado hasta ese momento, sino que ama desde siempre y sin fin... Se puede más bien entender así: les amó tanto que murió por ellos... fue su amor lo que le llevó a la muerte*¹¹.

c) *Cristo sigue amando en el futuro*

Es preciso relacionar este amor hasta el extremo con la escena del Calvario, enlace que no suele de ordinario establecerse. Hay que conectar el signo (lavatorio de los pies, que significa un acto de servicio por amor hasta la muerte) con su realización en el Calvario: su muerte por nosotros. De otra manera el signo del lavatorio se quedaría sin sentido. Se liga, tal como anteriormente ha sido mencionado, el sustantivo «telos» con su verbo «tetelestai». Jesús ama a los suyos hasta el extremo «eis telos»; llega al colmo de su amor —si así puede decirse, y va más allá de toda medida— con su muerte en cruz, cumpliendo y consumando el amor. Jesús ama «en un último acto de amor victorioso que corona todos los otros»¹².

El verbo que emplea San Juan es «tetelestai». La modalidad específica de esta forma verbal conjugada en perfecto griego es la permanencia. Subraya una acción cuyos efectos se prolongan en el tiempo. El Calvario, en cuanto escarnio brutal y dolorosa afrenta perpetrada contra el Hijo de Dios, no se va a repetir nunca más; pero no se agota ni acaba como gesto de amor, con respecto al valor infinito que posee la entrega de Jesucristo por nosotros en obediencia filial al Padre.

La solidaridad de Jesús se expresa en el sacrificio de su propia muerte, hecha en «favor de» los hombres (más que «en lugar de» o «en sustitución de»). Pero el dolor por sí mismo no redime —por más lacerante que sea—; lo que definitivamente salva y libera es el amor (Cristo ama a la Iglesia y por ella se entrega —Ef 5,25—). Tan grande y costoso fue su amor, tan soberanamente gratuito, que le llevó a morir por la humanidad derramando en su favor hasta su propia sangre: para liberar a los hombres de la condenación del pecado y de la muerte, y para hacerlos verdaderamente hijos de Dios, dándoles en herencia la plenitud de la vida eterna.

11. San Agustín, *Sobre el evangelio de San Juan*, Tratado 55,2, Madrid 1957, 30.

12. E.A. ABBOT, *Johannine Grammar*, Farnborough 1968, 98.

Quiere decirse que el amor de Jesús no muere, sino que persiste fructificando en su acción de amar. Jesús sigue amando todavía con un amor imperecedero, que no conoce tregua ni final. Este amor hasta el extremo, desde la cruz victoriosa, va más allá de su propia muerte, incluso la vence y domina, se convierte en resurrección y fuente de vida. El amor, desde la fuerza divina que lo nutre, es inmortal. El Padre que ama a Jesús, quien a su vez le ha mostrado y de qué manera su amor en obediencia filial, no va a permitir la irreparable muerte de su Hijo. Se realiza en el seno de la santa Trinidad la célebre afirmación de G.Marcel: «Amar quiere decir: Tú no morirás para siempre».

El amor de Jesús en la cruz condensa admirablemente sus palabras y sus signos. Es la rúbrica del amor perfecto, que ahora se consuma y llega a su culmen. Este verbo «*tetelestai*» es el amén con que Jesús recapitula el sentido de su existencia, vivida únicamente como pasión de amor¹³.

Toda la historia de la cruz y resurrección, todo el insondable acontecimiento salvífico de la «Hora», queda explicado con esta luz maravillosa, como obra de amor hasta el extremo. Jesús se consume dándose por amor, y perdura viviendo en la gloria del amor.

El amor de Jesús condensa no sólo su misterio pascual, sino toda la revelación de Dios. San Juan nos ha dejado escrito en formulación lapidaria que «Dios es amor» (1 Jn 4,8.16). En esta «definición» divina se concentra la Biblia entera; es «el más famoso dicho del Nuevo Testamento, todo el evangelio en miniatura»¹⁴. San Agustín la ha explicado con su genialidad: «*Dios es amor*». *Hermanos, ¿qué más se puede decir? Si no se volviera a alabar ya al amor en lo que queda de esta carta ni de ello se dijera nada en todas las demás Escrituras, y sólo oyéramos la voz del Señor diciendo: «Dios es amor?», ¿para qué más?*¹⁵.

Pues bien, estas palabras de la primera carta de San Juan, aun siendo tan atrevidas y profundas, corren el riesgo de quedarse sin sentido, desvirtuadas. Sólo Jesús las traduce e interpreta. En Jesús, crucificado y resucitado, se hace verdadera para el creyente toda la revelación del amor de Dios. El muestra, de pie en lo alto de la cruz, de manera diáfana, sin equívocos ni malentendidos, hasta dónde es capaz de llegar el amor divino. Sólo Jesús crucificado «define», es decir, sitúa en un horizonte concreto y pone por obra el misterio del amor de Dios («Obras son amores, y no buenas razones»).

13. Cfr. Y. SIMOENS, «La mort de Jésus selon Jean 19,28-30», NRTb 119/1 (1997) 17.

14. Así la define V. MANNUCI, *Giovanni, il Vangelo narrante. Introduzione all'arte narrativa del quarto Vangelo*, Bologna 1993, 267.

15. *Comentario a la primera carta de San Juan 7,4*.

4. JESÚS EN LA CRUZ O LA ATRACCIÓN DEL AMOR

¿No ha reparado el lector en esas diminutas cabezas, o siluetas que se destacan tras la cabeza del pintor del icono? Casi no se reconocen. No están sino esbozadas, apenas son un proyecto, unas líneas tenues en forma de cascos. Mas, ¡qué prodigio de arte y qué sutil sugerencia para todos! Se evoca la multitud que llega y se incorpora a la presencia del Cireneo, de las santas mujeres. Con ellos se junta y se congrega. Se está anticipando la procesión universal de los creyentes en Jesús. Esas mínimas cabezas nos representan: somos todos nosotros quienes nos acercamos atraídos por la presencia del Señor para formar parte viva y visible de su Iglesia.

No estamos sólo describiendo una impresión común, o manifestando en voz alta un síntoma estético que experimenta quien contempla con atención el icono. Estamos elevando de rango nuestras sensaciones, las estamos transfigurando con la luz que les otorga la Palabra de Dios. El evangelio de San Juan ha mostrado esta capacidad de atracción de Jesús, cuando cita sus solemnes palabras: «Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32).

El término «levantar» –*hypsōō*– posee una doble significación: señala la verticalidad de la cruz, que se alza sobre la tierra, y también la exaltación; significa a la vez crucificar y glorificar. La cruz se convierte en el camino y subida de Jesús al Padre.

Tres veces aparece este verbo en el evangelio. Se ha comentado que su aparición es una especie de réplica a las tres predicciones de la pasión según los sinópticos, tal como puede registrarse fielmente en Marcos: 8, 31; 9,30; 10.32-34. Ahora sólo nos interesan los tres textos de San Juan, que se señalan a continuación:

- a) Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna (Jn 3,14-15)

Hay una alusión al hecho narrado en el libro de los Números (Nm 21,8ss), pero Juan hace un comentario o midrás a través de la Sabiduría (Sb 16,6-7). Este último libro interpreta no ya de manera mágica, sino en clave de fe a la serpiente de bronce, a la que llama «signo de salvación» –*symbolon soterias*–. Jesús se aplica a sí mismo ser señal de salvación. El Hijo del hombre será alzado en una cruz, ejecutado, y al mismo tiempo resultará victorioso. La cruz es instrumento de suplicio y del triunfo del Hijo del hombre (Jn 8,28; 12, 32.34). Se recalca con énfasis que Jesús en la cruz será salvación para quien lo mire con fe. Todo el que crea en él, tendrá la vida eterna (Jn 3,16).

La «vida eterna» es expresión frecuente y característica de Juan (17x). No indica sólo la vida futura como recuerdan los sinópticos (Mt 19,16.29; Mc 10,17.30; Lc 18,30) o Pablo (Rm 6,22-23; Ga 6,8). Según el cuarto evangelio la vida eterna se posee ya en la tierra por la fe (Jn 3,36; 6,47), es participación de la misma vida de Dios (1 Jn 1,2; 2,24-25; 5,11-12).

Este verso acentúa el aspecto soteriológico de la exaltación de Jesús en la cruz y subraya también el aspecto regio: Jesús exaltado se hace rey de los creyentes, porque revela el amor del Padre y comunica la vida eterna a todos aquellos que le miran con fe.

- b) Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy, y que no hago nada por mi propia cuenta; sino que, lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo (Jn 8,28)

La divinidad no se oculta en la pasión y muerte de Jesús, al contrario se deja ver con más esplendor. En el Calvario contemplamos su gloria: «entonces sabréis que Yo soy». Esta gloria divina (la expresión «Yo soy» es exclusivo título de Dios en el Antiguo Testamento que Jesús asume) consiste en la «de-mostración» de un amor que se dona hasta la muerte. No contemplamos en el crucificado una ruina o un despojo humano, una luz sombría que se apaga; sino una vida que se entrega, una luz que brilla en todo su fulgor porque manifiesta hasta dónde puede llegar el amor. El amor es darse, y Jesús en la cruz se da todo entero.

Reseñamos, en fin, el texto más importante:

- c) Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí (Jn 12,32).

La expresión subraya la atracción universal que ejerce Jesús. Se realiza a escala cósmica, pues alude a la salvación de todos los hombres, quienes, interiormente atraídos, se acercan a Jesús. El que está en la cruz no es ya únicamente el Crucificado, sino el Cristo glorificado, muerto y resucitado, el viviente. La cruz se convierte para el cuarto evangelio en lugar irradiante de glorificación. Ya desde la cruz comienza Jesús a ejercitar su poder de salvación (Jn 19,37).

Con Jesús, todo el que cree en él, puede subir al Padre. Es la meta a la que Jesús, durante su revelación pública, se ha referido con frecuencia mediante el empleo de estas expresiones espaciales: «donde yo esté», «el lugar preparado por mí». Importa señalar que para Jesús la meta es un lugar habitado, trinitario, hecho a partir de la íntima rela-

ción que existe entre el Padre, él mismo y el Espíritu Santo. El objetivo de su ida consiste en preparar este lugar, que dejará abierto para todos nosotros, a fin de que podamos entrar en la viviente comunión del misterio de Dios, Santísima Trinidad. Incluso, él mismo nos conducirá hacia esta morada de vida, para que nadie se extravíe. Recogemos tan consoladoras promesas: *Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará (12,26); Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros (14,3).*

Este poder de atracción del Señor no conoce límites ni fronteras. Representa su más vehemente anhelo. Así lo expresa fervientemente en la oración sacerdotal, mediante un «quiero» inicial enfático, determinante de toda la plegaria, que nuestras habituales traducciones no han logrado retratar: *Padre, quiero que los que tú me has dado, estén conmigo donde yo esté, para que contemplen mi gloria, la que me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo (17,24).*

Con su muerte, Jesús realiza su misión de buen Pastor que consiste en dar la vida por todas las ovejas, a fin de conseguir la suprema unidad del rebaño: *También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor. Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo (Jn 9, 16-17).*

La muerte de Jesús logra la unidad de los hijos de Dios dispersos, tal como predijo el sumo sacerdote Caifás y que el narrador evangélico interpreta: *Esto no lo dijo por su propia cuenta, sino que, como era sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación, y no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos (11, 51-52).*

¿No resulta en verdad hechizo para los ojos y deleite para el corazón creyente contemplar el misterio de Jesús, que por amor se deja morir en la cruz, a quien el Padre resucita y glorifica, y que ahora –tal como lo admiramos en el icono– abre sus brazos hasta la extrema generosidad, y que los mantiene extendidos, con sus manos asimismo abiertas, y no quiere ya sino atraer y fundir en su misterio de intimidad amorosa a toda la humanidad y conducirla hasta el Padre?

Ya, por fin, podemos preguntarnos: ¿Cómo atrae Jesús?

No se trata de un determinismo o predestinación arbitraria. El tema de la atracción divina está unido al amor en la acepción bíblica. Dios dice a Israel: *Con amor eterno yo te he amado; por esto yo te he atraído –eilkyša– en mi misericordia (LXX Is 38,3).*

Esta atracción también se explicita, como aparece en el emotivo canto del profeta Oseas, mediante la expresión «ataduras de amor»:

Yo enseñé a Efraím a caminar, tomándole por los brazos, pero ellos no conocieron que yo cuidaba de ellos. Con cuerdas humanas los atraía, con ataduras de amor, y era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer (Os 11,3-4).

Nadie mejor que San Agustín –tal vez estaba describiendo su propio itinerario de conversión– ha comentado con tanta clarividencia –merece la pena su extensa cita, sin desperdicio– en qué consiste la atracción divina: *No vayas a creer que eres atraído a pesar tuyo. Al alma la atrae el amor. Ni hay que temer el reproche que, tal vez, por estas palabras evangélicas de la Sagrada Escritura, nos hagan quienes sólo se fijan en las palabras y están muy lejos de la inteligencia de las cosas en grado sumo divinas, diciéndonos: ¿cómo puede yo creer voluntariamente si soy atraído?... ¡Con cuánta mayor razón se debe decir que es atraído a Cristo el hombre, cuyo deleite es la verdad, y la felicidad, y la justicia, y la vida sempiterna, todo lo cual es Cristo?... Dame un corazón amante, y sentirá lo que digo (Da amantem et sentit quod dico). Dame un corazón que desee y que tenga hambre; dame un corazón que se mire como desterrado, y que tenga sed, y que suspire por la fuente de la patria eterna, dame un corazón así, y éste se dará perfecta cuenta de lo que estoy diciendo. Mas, si hablo con un corazón que está del todo helado (frigidus), este tal no comprenderá mi lenguaje*¹⁶.

A. Oepke ha calificado esta moción de Dios o de Cristo como «una atracción llena de amor»¹⁷. Es el evangelio de San Juan quien nos da la clave interpretativa, al poner como centro de toda la pasión la ofrenda de amor hasta el extremo. Sólo el amor de Jesús, muerto y resucitado, ejerce dicha capacidad de atracción.

CONCLUSIÓN. LA MISIÓN DE LA IGLESIA: «ARRASTRAR HACIA JESÚS»

Jesús quiere seguir atrayendo a la humanidad. Para lograrlo cuenta con nosotros, los creyentes; necesita con urgencia de la misión de la Iglesia. Conviene recordar el fragmento joánico sobre la pesca milagrosa e interpretarlo en clave eclesial. A través del verbo «atraer o arrastrar» –en griego *helko*– se muestra la conexión entre la obra misionera de la Iglesia y el poder de atracción de Jesús sobre la cruz: *El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla –halkysai– por la abundancia de peces... Les dices Jesús: Traed algunos de los peces que acabáis de pescar. Subió Si-*

16. *Sobre el evangelio de San Juan*. Tratado 26,4.5.6..., 659-660.

17. «Ein liebevolles Ansziehen». *Helko*, en *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament II*, Stuttgart 1935, 500.

món Pedro y arrastró –heilkyseñ– la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aun siendo tantos, no se rompió la red (Jn 21, 6.10-11).

La Iglesia se somete y realiza la voluntad de Jesús. Echa la red según su palabra. También puede decirse que echa «la red de la palabra de Jesús». Recoge una enorme cantidad de peces, tantos que ya no pueden los discípulos «arrastrar» –*helkein*–. La función de la Iglesia no es conservarlos en sus propias redes, retenerlos en sus dominios como si fuese ella el último destino de la salvación, sino «atraerlos» –*helkein*– hacia Jesús. El sigue pronunciando estas palabras: «Traedlos hasta mí».

No es la Iglesia con su poder quien redime, pero sí con su trabajo apostólico quien coopera con el Señor. De sobra saben Pedro y sus compañeros que pescar por la mañana es tarea abocada al fracaso, que es también imposible capturar tanto peces –un ingente número de 153–, y que asimismo resulta imposible que la red no se rompa. Lo que no logra la capacidad humana, reducida en su intento de buena voluntad a un torpe chasco o frustración, lo puede el Señor.

Pero la Iglesia debe cumplir su palabra, ser en verdad comunidad abierta, misionera: bregar con el solo propósito de atraer hacia Jesús. Para que toda la humanidad, representada en esa enorme cantidad de peces –se contempla la misión universal de la Iglesia– sea arrastrada hacia el Señor. Sólo entonces Jesús, contando con la leal colaboración de la Iglesia, se convertirá en el centro de atracción de la humanidad y seguirá proclamando eficazmente su palabra salvadora: «Atraeré –*helkyso*– a todos hacia mí» (Jn 12,32).

Así, la palabra de Jesús, que un día habló a san Francisco en aquella desvencijada iglesia de San Damián (*Francisco, repara mi casa que, como ves, está en ruinas*), sigue resonando hoy para todos los cristianos, para quienes contemplamos con fe este icono, a fin de colaborar fielmente y reconstruir con nuestra fe que se explicita en la caridad y nuestro empeño evangelizador, esta inmensa casa de Dios que es la iglesia.